

Rumbo a Marte

Fernando Alonso

ANAYA



1.ª edición: abril 2009

© Del texto: Fernando Alonso, 2009
© De la ilustración: Emilio Urberuaga, 2009
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-8449-8
Depósito legal: M-4137-2009
Impreso en MELSA
Ctra. de Fuenlabrada a Pinto, km 21,800
28320 Pinto (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las
establecidas por la Real Academia Española en su
última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Índice

<i>Presentación</i>	11
El aprendiz de astronauta	13
Siete mariposas	21
Seis horas	35
Cinco aves	51
Cuatro joyas	67
Tres perros	75
Dos peces	81
Un elefante	95
¡Cero! ¡Rumbo a Marte!	111

*Para Cita, Liwayway, Zippy y Jack,
el nuevo miembro de la familia.*

*Para nuestros amigos de Nerja,
donde comencé este libro,
y para nuestra familia de Filipinas,
donde lo terminé.*

Presentación

Querido lector:

Acabas de abrir este libro y te dispones a comenzar la lectura.

Si piensas que este es un gesto sin importancia, debo decirte que estás muy equivocado.

Todos los buenos lectores lo saben.

Un libro es una caja donde duermen las palabras, y solo la mirada y la imaginación de un lector como tú son capaces de recrearlas, con una vida aún más rica que la que tenían cuando salieron de la pluma del escritor.

Sin lectores, los libros son solo unas hojas silenciosas cuyo único horizonte es el triste destino de las hojas secas del otoño.

Pero, cuando hay un lector, el libro se convierte en un pasaporte y un billete, que le permitirá realizar toda clase de viajes de placer y penetrar en El Reino de la Aventura.

Podemos volar tripulando un libro o navegar en él hasta La Isla del Tesoro.

Un libro es una máquina para viajar a través
del tiempo y del espacio.

En este libro vivirás la preparación de un vuelo
espacial y asistirás, desde el Control Central de la Base,
al lanzamiento de la nave.

Y, mientras participas en la cuenta atrás, conocerás
la vida de algunos de sus personajes:

SIETE mariposas enamoradas de su imagen.

SEIS horas y una invasión de ratones.

CINCO aves mágicas.

CUATRO joyas y un príncipe que hace el gorila.

TRES perros que luchan contra sus miedos.

DOS peces que sueñan con su libertad.

UNO, un pequeño elefante blanco que disfruta
por ser diferente...

¡CERO! Y un ratoncito de campo muy especial...

Te invito a que continúes la lectura.

Si unes tus palabras a las mías, tus sueños a los míos,
emprenderemos juntos una maravillosa aventura.

Y juntos, como polizones invisibles, podremos
acompañar al astronauta que tripula esta nave...

¡Rumbo a Marte!

El aprendiz de astronauta

Había una vez un ratoncito de campo.

Era el más listo, el más ágil y el más fuerte de todos los ratoncitos de campo.

Ahora, además, era el ratoncito más feliz. Había pasado unos días en la ciudad, en casa de un primo suyo.

Y ya estaba de vuelta.

Al ratoncito no le gustó la ciudad.

La encontró llena de peligros y de sobresaltos, de prisas y de ruidos.

El ratoncito, tumbado bajo una higuera, se entretenía en comparar su campo con la ciudad: el movimiento pausado de los insectos, con el ajetreo de las gentes que iban a su trabajo; el suave canto de los pájaros, con el ruido ensordecedor de los motores; el manso discurrir de las aguas del río, con el atronador río de coches.

Después de estos pensamientos, después de estas comparaciones, el ratoncito exclamó satisfecho:

—¡Yo prefiero mi campo! ¡Aquí soy fel...!

El zumbido de la red que lo atrapaba cortó su última palabra.

El ratoncito se debatía intentando escapar de aquel enorme cazamariposas.

Arañaba la red con las uñas, la mordía con sus dientecitos afilados, hundía el hocico en la tierra y escarbaba con las patas para huir por debajo de la trampa.

Pero todo resultó inútil.

—¡Esto me pasa por olvidar los consejos de mi padre —suspiró con tristeza—. Él siempre me decía: «No debes estar en la higuera».

El hombre del cazamariposas sonreía satisfecho. Hacía mucho tiempo que perseguía a aquel ratoncito. Y, por fin, lo había atrapado.

Durante muchos días el hombre pensó que nunca lograría cazarlo.

Aquel ratoncito era demasiado listo.

Precisamente por eso necesitaba capturarlo.

El hombre del cazamariposas era un científico que trabajaba en la Agencia Espacial. Construía naves y cohetes, satélites y pequeños vehículos todoterreno para explorar y recoger muestras de los planetas que visitaban.

Como se habían producido muchas averías en los robots de exploración de Marte, decidieron que los próximos vehículos deberían ir tripulados.

Aquellas máquinas eran muy pequeñas, por eso, pensaron entrenar ratones para esta misión.



El científico encerró al ratoncito en una jaula y se dirigió a su laboratorio. Canturreaba muy contento:

—El que está en la higuera... ¡De nada se entera...!

El ratoncito mordía los barrotes para escapar de la jaula.

Pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles.

El ratoncito de campo suspiraba al ver que, en el laboratorio, los días, las semanas y los meses transcurrían lentos y monótonos.

Le parecía que habían atado unos hilos invisibles a su cabeza y a sus patas y lo habían convertido en una marioneta.

Siempre había alguien que movía los hilos para decirle dónde tenía que ir y lo que debía hacer.

Después de siete meses, comenzó a suspirar, perdida la esperanza de poder escapar algún día.

Por la noche, cuando se quedaba solo en el laboratorio, se asomaba a la ventana y miraba hacia el campo.

Así, entre miradas y suspiros, pasaba las noches.

El científico que lo había capturado le enseñó a escribir en el ordenador sus pensamientos y sus deseos.

También le enseñó a manejar todos los mandos y todos los instrumentos de la nave espacial.

El aprendiz de astronauta era muy listo y progresaba con mucha rapidez.

Solo tenía un problema: los números.
¡Los números se le daban fatal!
Sobre todo cuando tenía que contar hacia atrás.
—En un lanzamiento espacial, la cuenta atrás es
muy importante —insistía su entrenador.

El ratoncito, con mucho esfuerzo, había aprendido
a contar:

—Uno..., dos..., tres...
Pero, la cuenta atrás... ¡Eso era otra cosa!
—Siete..., seis..., cinco... —decía su entrenador.
—¡Eso son ganas de fastidiar! Con lo fácil que es
contar: cinco..., seis..., siete... Se podría lanzar a la de
siete, o a la de diez. ¡Pero, no! Tiene que ser como
ellos dicen —protestaba el ratoncito.

—Vamos a ensayar otra vez —insistía el entrenador.
—Siete...
El ratoncito había aprendido a contar de carrerilla.
Por eso, canturreó:
—Siete..., ocho..., nueve...
—¡¡¡No!!! —cortó el científico—. Te lo he repetido
cien veces. Tienes que contar hacia atrás:
¡Hacia atrás!

Aquella dichosa cuenta atrás era para el ratoncito
como un muro contra el que siempre se estrellaba.

El científico estaba desesperado. No veía la forma
de enseñar a su alumno a contar hacia atrás.

De pronto, se dio una palmada en la frente
y sus ojos se iluminaron.

¡Había encontrado una solución!

Al ratoncito le gustaba mucho que le contaran historias.

Solo tenía que encontrar una historia para cada número de la cuenta atrás.

¡Y él sabía cómo hacerlo!

Todos los días tenía que inventar historias que le pedían sus hijas antes de dormir.

Por eso, no le resultó difícil inventar las siete historias que recordarían al ratoncito astronauta los siete números de la cuenta atrás.